

Han sido dos días de alegre expectación y de grandes esperanzas para el futuro.

El terremoto del primero de este mes ha causado daños enormes; mas sobre eso, ha levantado también enormes esperanzas.

Talca, la soberbia, ha caído. Sus desgracias han conmovido a la República entera. Sus ruinas, que recuerdan algunas otras ciudades, atestiguan lo grande de su desgracia y sus muertos y heridos son el índice de lo grande de su justo dolor.

Todo el país se ha conmovido ante la desgracia de un pueblo de trabajo, de esfuerzo, que venía siendo un ejemplo de laboriosidad y de un intenso, sano y enorgullecido regionalismo.

Otros pueblos podrían quejarse de que toda la riqueza se iba a la capital; pero Talca creó industrias propias y se iba convirtiendo en un rico centro industrial, en medio de una tierra feraz y de grandes cultivos.

De nada le habría servido la compasión nacional, manifestada en voluntarias erogaciones, si el Gobierno, con un vasto plan de auxilio, puesto inmediatamente en práctica, no hubiera socorrido sus actuales necesidades y creado generosamente la fuente de recursos para su resurgimiento.

Treinta millones de crédito para la reconstrucción en que el Estado ayuda durante cinco años el pago de intereses y amortización; leyes para impedir el abuso en los precios, hasta la expropiación de los consumos; bajas de fletes, etc., todo ha sido calculado en el acto para que la reconstrucción empiece lo antes posible. He ahí la obra del Gobierno del Excmo. señor Ibáñez, que recorrió el campo de ruinas para apreciar el daño y remediarlo.

Talca, surgiendo de sus escombros, embellecida, más amplia, aireada y hermosa, será una ciudad nueva e ideal, nacida al calor generoso de una administración a la vez sabia y solícita. Será en gran parte la obra gubernativa y del esfuerzo de los talquinos, que no se abaten por la desgracia. Serán un ejemplo de energía y valor que será citado en honra de la ciudad.

Este terremoto repite la lección que desde hace siglos nos viene dando la tierra en sus convulsiones: que debemos construir las casas teniéndolas en cuenta.

Antes parecía más difícil, pero no imposible: el adobe se llevó la preferencia para casas bajas; y aún se construyeron algunas de dos pisos de muros gruesos de tierra que han resistido todos los terremotos.

Mas ahora, con el cemento armado, la estructura de fierro y otros medios, hay facilidad para construir en forma asísmica.

Se necesita, no obstante, una ley que establezca las características de las construcciones en relación con su precio y altu-

ra. Desde luego, una ordenanza sobre escalas, en vista de las desgracias por incendios, no ha sido obedecida. Se requiere, pues, una ley que obligue a todos a construir contra terremotos.

Será, sin duda, una gabela para muchos de escasos recursos; mas el crédito otorgado por el Estado aliviana mucho la carga.

Mayor carga y más irritante, por ser injusta, es la cobranza de gastos y comisiones en exceso que efectúan los delegados del encargado del cobro de contribuciones atrasadas, don Humberto Yáñez Velasco. Hemos dado ejemplos, que se repiten al infinito en cada caso; y en todo el país. Lo que se hace en Valparaíso y Santiago se hace con mayor cinismo en provincias, donde los agentes cobran, además, por su cuenta, lo que les conviene.

De toda la República se levanta un clamor persistente y angustioso. Son principalmente los pobres que no pudieron pagar a tiempo los esquilados, pues sus cuentas suben tres, cuatro, diez veces el valor de la deuda.

Clamamos nosotros, en nombre de tanta víctima explotada a la sombra de un contrato mal aplicado, a S. E. el Presidente de la República, a quien sabemos justo y bien inspirado en favor del pueblo. A él corresponde, como jefe de la nación, hacer que se apliquen las leyes por parejo y con justicia; y corregir los abusos que a la sombra del poder se cometen.

Confiamos en que el cobro de contribuciones atrasadas no siga siendo una explotación inicua de los deudores, generalmente gente necesitada.

La campaña anual que algunos españoles, más patrioterros que patriotas de verdad, inician para que se modifique el monumento a O'Higgins, ha tenido este año un nuevo resurgimiento. Quieren que se quite a O'Higgins el soldado español que atropella al salir de Rancagua sitiada. Imaginan que el soldado está mal ahí y que simboliza que el héroe chileno pisotea el estandarte español.

Furas imaginaciones. La verdad es que O'Higgins, al salir de Rancagua a todo correr, pasando por encima de los sitiadores y sus armamentos, ha debido pisotear más de un soldado español.

¿Qué quiere decir eso? Que los españoles en vez de huir ante el general chileno, se opusieron a su paso y fueron derribados; que el español del monumento fué atropellado y allí murió por su patria y por su rey, con la bandera en la mano. Así demostró cómo se defiende y se muere por la patria.

Es, pues, honroso para España ese monumento. Quien piense lo contrario es un espíritu superficial que sólo juzga por apariencias, sin discurrir el significado y el alma de las cosas.